Nostalgia de conciencia

Pasajes chiapanecos II / 1982

Arena María

◆◆◆

Estaba muy entusiasmada, no era para menos:

—El lunes próximo sales a Simojovel.

Mi primer proyecto como jefe de campo.

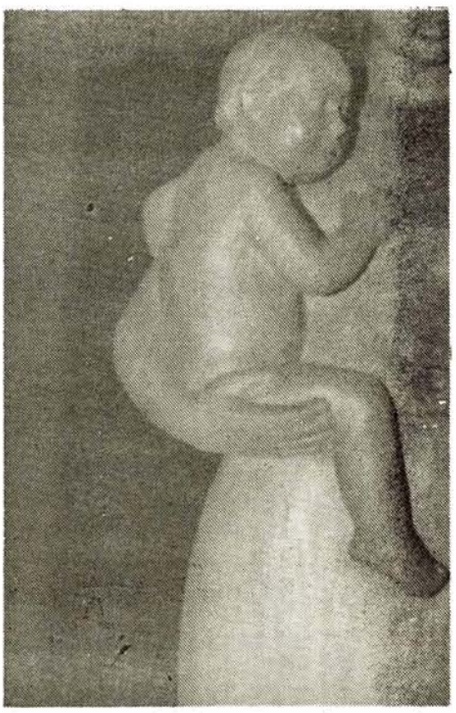
La Comisión Federal de Electricidad construiría una nueva presa hidroeléctrica sobre el curso del río Tacotalpa. Nosotros debíamos entrar a trabajar casi al mismo tiempo que iniciaran los desmontes y desvíos de corrientes, previos a la construcción de la cortina de la presa.

Después de preparar el equipo necesario para acondicionar el campamento, partimos a Simojovel en una camioneta cargada de catres, mochilas, restiradores. Recuerdo bien la surtida despensa que preparamos para los próximos cuatro meses. No imaginábamos entonces su destino.

Después de un largo viaje de 1 200 kilómetros y del pesadísimo último tramo de terracería que une Simojovel con la población de Bochil, llegamos por fin a la larga y empinada avenida que cruza la población.

Lo que menos queríamos entonces era llegar a lidiar con nada. En un viaje anterior, un mes antes, había buscado el lugar ideal para instalar nuestro centro de operaciones. Encontramos una casa con techo de teja sobre la avenida principal. Al frente una sola habitación, atrás un patio espacioso rodeado por tres pequeños cuartitos, uno de ellos abierto, destinado a la cocina. El baño no era de lujo, pero con limpieza y mucho cloro seguramente lo mejoraríamos.

Al siguiente día montamos nuestro raquítico mobiliario. Era



tiempo de iniciar. Lo primero fue la contratación de un chofer. En cuanto iniciáramos los recorridos necesitaríamos más personal. Por fortuna, Toño, el chofer de los sociólogos de la CFE, estaba sin trabajo. Su conocimiento de la región y de los vericuetos políticos que significó la expropiación de ejidos por causa de utilidad pública, nos ayudaría a no dar imprudentes pasos ni meternos donde no debíamos.

La zona de trabajo era la mar de interesante y bella. La cuenca del río Tacotalpa contaba con numerosos afluentes, entre ellos el San Pedro y el Cuculhó. A causa de la naturaleza caliza del subsuelo, los ríos adquirían esa famosa coloración azul turquesa que distingue a los ríos y lagunas de Chiapas. La cortina de la presa se construiría en el lugar en donde el río transitaba por un cañón. La pronunciada ladera de la sierra norte conducía los caudales de estos ríos hasta el Macuspana, en la planicie costera de Tabasco.

—¡Qué diferencia!, con ustedes es distinto. Anda uno en el campo de mañana y la noche, pa' dormir. Con el otro grupo horas y noches en el jardín de Huitiupan, esperando que dejaran de alegar. Que no digas nada, que no viste nada, que no sabes nada!

Toño supo bien de las negociaciones que se dieron para la expropiación de los ejidos. Las mejores tierras de las márgenes de los tres ríos serían inundadas. Los ejidatarios serían reubicados en uno o varios centros nuevos de población a salvo de las aguas represadas. Para las comunidades indígenas la tierra es el centro de su vida, el proceso de traslado tomó por ello matices de desalojo. Los mejores sociólogos y antropólogos no lograron mejorar la imagen del violento cambio. Es posible que ellos creyeran realmente en el inminente mejoramiento económico que la construcción de la presa acarrearía a las comunidades. La inquietud, sin embargo, era palpable para cualquiera que tuviera ojos.

Simojovel es un pueblo de abasto, el centro comercial ladino de la región. Los indios de las cercanías bajan de sus rancherías y parajes a surtirse de lo necesario: velas, petróleo, implementos agrícolas. A su vez, los indios venden café, frutas, jarcias. Es famoso Simojovel por su ámbar, en sus cercanías existen las únicas minas de la república. En tiempos prehispánicos constituyó la riqueza de la región.

Cuando llegamos al pueblo existía ese ambiente de tolerancia forzada ante los indios. No hacía más de seis meses que acababan de secuestrar a unos prominentes finqueros de El Bosque, el descu-

♦♦♦

brimiento de sus cadáveres en las cercanías de ese poblado desató una serie de represalias a ciertas comunidades sospechosas de haber cooperado en el suceso. El incendio de parajes, el asesinato como forma de intimidación y la impunidad de las guardias blancas es un cuento de nunca acabar en las zonas indígenas de los Altos de Chiapas.

Recuerdo cómo en nuestro primer sábado en el pueblo los mozos contratados para guiarnos fueron por uno de nosotros al campamento. Lo condujeron a una calle cercana a la plaza.

Sobre la banqueta, el cadáver de un hombre macheteado llevaba horas esperando que alguien se ocupara de él. Como era indio, las autoridades respectivas brillaban por su ausencia. Solicitaban nuestra intervención para que se hiciera algo. Así andaba el ambiente por el rumbo.

Obviamente duplicamos la prudencia. Nuestra obligación era estudiar a los indios muertos no a los indios vivos, así pues, iniciamos nuestros reconocimientos. La margen del San Pedro era de una imponente majestuosidad. La recolección de materiales, la medición de plazas y acrópolis, la discusión sobre estrategias y metodologías de muestreo ocuparon nuestro interés y nuestro tiempo. En las noches caminábamos por Simojovel en busca de una fonda donde saborear el café tostado del rumbo.

Un lunes en la mañana decidimos fotografiar y medir la iglesia colonial en ruinas, de Huitiupan. Por el camino de La Competencia irrumpían múltiples camiones de rodada pesada.



Siguiendo la cota de inundación se había asignado a ciertos aserraderos el desmonte de la zona de afectación. Cedro rojo, cedro blanco y caoba eran las cargas que veíamos pasar. Las expropiaciones fueron previas a la explotación intensiva de la madera. Es decir, las comunidades expropiadas no tuvieron participación en la riqueza de sus recursos. Los malabarismos políticos de los finqueros eran sin duda una realidad que irritaba profundamente a la población indígena.

—No hagas tanto polvo Juan.

—No soy yo señito. Está muy sucio el monte.

A cada machetazo con el que intentábamos despejar una vereda por la cual pasar, nos cubría una lluvia de polvo blanco. Tardábamos unos minutos en que el polvo se asentara.

♦♦♦

—Así no vamos a llegar nunca.

—Mejor nos regresamos.

A la entrada de Huitiupan, en un tendajón que vendía refrescos fríos, nos enteramos:

—¡Reventó ayer el Chichón! Dicen que escupe fuego, nos dijo el dependiente.

—No es nada, ¿no oyes que todo está controlado?, le interpelaba su compadre.

Controlado estuvo mientras las emisiones fueron de fina ceniza. Toda la semana fue lo mismo.

Polvo en todos lados, aun cuando llegáramos sucios y cenizos al campamento, continuamos los recorridos.

El sábado 3 de abril, seis días después del primer aviso, hizo erupción el volcán, esta vez en serio, sin control. El viernes en la noche iniciaron los resplandores en un cielo oscuro, negro y sucio. La fina ceniza se convirtió en ardiente arena. El aire se llenó de azufre. Extendimos las cartas sobre el restirador, el escalímetro en ristre nos anunció:

—Estamos a 40 kilómetros del volcán.

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

Para pensar mejor abrimos una botella de brandy. Sacamos las cartas españolas. Esperar. En la madrugada el olor azufre era insoportable, tuvimos que cubrirnos nariz y boca. La radio nos anunció el inminente cierre de la carretera que une a Tuxtla con Villahermosa. Vámonos. Estúpidamente esperamos a que amaneciera. Aprendimos que en una erupción de esta naturaleza no amanece. El sol queda totalmente cubierto por las densas emisiones de ceniza que son lanzadas a la atmósfera.

—¡Ya se van! Qué bueno. Ojalá nos pudiéramos ir también.

—Se pueden ir con nosotros.

—¿A dónde?

—¿No tienen familia en Tuxtla?

—No.

—¿Y su casa?

—El techo no aguantó la arena. Apenas nos pudimos salir nosotros.

—¿Y dónde están?

—En el patio, bajo el guanacastle. Ahí estamos un montón de vecinos.

—¿Qué van a hacer?

—Esperar que deje de llover arena. Luego está todo oscuro. Ni miramos los caminos.

¡Polvo!... como nosotros...

Las mejores casas del pueblo llenas de hombres con palas. La arena ardiente caía. Los patrones ordenaban quitar el peligro. Mientras, preparaban las *pick ups*... quién sabe cómo se ponga el asunto, más vale irse a Tuxtla o San Cristóbal... Las muchachas corrían afanosas tras los niños. El uso de tapabocas azules fue de pronto un rasgo más de nuestras diferencias.

—¡Sólo los indios aguantan esta peste!

—¡Seguro! Como que es el aroma del infierno.

El camino de terracería que une a Simojovel con la carretera de Tuxtla a Villahermosa, unos 36 kilómetros, lo recorrimos en cinco horas. Los limpiadores no sirvieron para quitar la arena y las cenizas. La densa oscuridad en una sierra de profundos barrancos hacía que camináramos a vuelta de rueda. Los faros de la camioneta nos devolvían pálidos brillos de la erupción. De cuando en cuando adivinábamos reflejos luminosos en el cielo.

♦♦♦

Al llegar a Bochil nos dirigimos al municipio. No había problema, se podía continuar a Tuxtla. Hacia Villahermosa se encontraba cerrado. El municipio de Francisco León era el más afectado. Se avisó a las comunidades de las faldas del volcán y casi nadie abandonó sus casas. Los mestizos utilizan tanto el cuento del lobo que nadie les creyó.

—No sabemos en donde poner a las familias. No dejan de llegar.

—Vamos a Tuxtla. Si quieren podemos llevar algún mensaje.

—Necesitamos comida. Y pastillas de cloro para el agua.

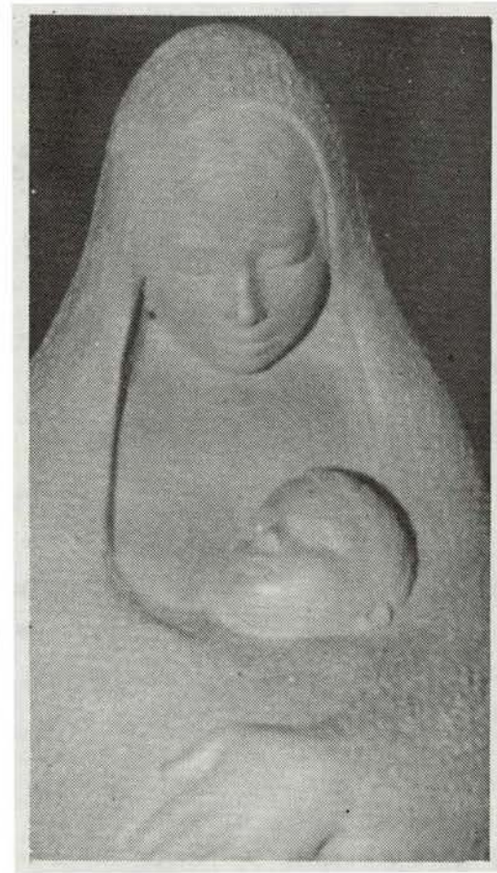
—Traemos una despensa. La íbamos a utilizar, pero parece que no la necesitaremos.

—Todo es bienvenido.

Fue un día absolutamente crepuscular. A medida que nos alejábamos del lugar la luz alcanzaba a iluminar el campo. Fue un espectáculo contemplar a la tropical Chiapa de Corzo con una gruesa capa de ceniza blanca, un paisaje insólito: la fuente colonial cubierta de nieve.

Al llegar al Palacio de Gobierno, en calidad de mapaches, con ceniza y polvo por todos lados, caímos en medio de la inercia burocrática. Del palacio de gobierno al palacio municipal, del Seguro Social al ISSSTE, del DIF a la plaza de armas... No supimos camino a qué dependencia perdimos el interés por hacernos oír. No valía la pena. Nos dimos cuenta de ello por un encabezado en un periódico local: "El ganado de alto registro es trasladado a lugar seguro".

Los ganaderos y finqueros se habían movilizado. ¿Qué cosa más importante que la pérdida de los



magníficos pastos para los cebúes? ¿Qué seguro pagaría la redituable y esperada cosecha de cacao y café? ¿A quién diablos le importaban los indios?

Los últimos restos de ceniza los fuimos encontrando más allá de Cintalapa, muy cerca de Tapanatepec, en el istmo. Regreso marcado por los susurros incómodos de nuestras conciencias.

En mi mente una imagen. Tres muchachas indias, no mayores de dieciocho años. Las tres muy juntas entre sí. Sus hijos colgando de sus espaldas, de sus pechos, de sus faldas. Esperaban a la orilla de la carretera, muy cerca de El Bosque. Las aluzamos cuando nuestra camioneta intentaba adivinar el camino. Sus ojos nos miraron. Ni un gesto. Ni un grito. Ni un ademán. Sólo una mirada. Su silencio.◆